

EL REGALO

Mi modesto homenaje a Dulce.

Nunca me regalan nada. Cumplo año tras año y no sé lo que es abrir un paquete de papel de plata, ni desatar brillantes cintas de colores. Mi madre me regala a veces un cazo o alguna cosa que me hace falta en la cocina, porque sabe que si no, yo no me la puedo comprar. Estas dos arrugas de la frente equivalen a unas cacerolas de aluminio y la pata de gallo del ojo izquierdo es por una paellera de esas que no se pegan. Pero sin cintas de colores ni papel de plata; total para envolver unos cazos... Un día mi madre me iba a comprar una estufa de butano para el salón, que nos hacía mucha falta, y aprovechó mi cumpleaños para decirme que me la regalaba. Es la única vez que me he atrevido a pedirle que por favor me la envolviera en un lindo papel de regalo doradito; me echó una mirada como si estuviera loca, como si yo fuera la tía esa del anuncio de la tele.

Mañana es mi cumpleaños. Cuarenta y tantos, digamos, porque me da un poco de vergüenza, y he decidido que me voy a regalar algo yo misma, que ya está bien. Le cogí dinero. Se lo cogí del bolsillo de un pantalón que tenía que llevar al tinte. No sé cómo se pudo quedar ese billete allí y que él no lo viera, pero lo cierto es que a mí me va a servir para hacerme un regalo.

Luego iré a una droguería a comprar matarratas en polvo. Ése es el regalo que me voy a hacer. Iré con mi billete bien dobladito y las gafas de sol, aunque está lloviendo. Ya casi se me ha quitado la marca, pero no quiero que nadie me mire raro. Matarratas. Para la comida. No creo que en la droguería tengan papel de regalo, pero preguntaré a ver.

Parece que tarda. No sé dónde estará, y como no me deja que se lo pregunte... Le he hecho su cena favorita, porque he descubierto que si le hago los platos que le gustan, no se enfada tanto y me trata mejor.

Macarrones gratinados. Debajo del queso de verdad va el otro, el que compré ayer en la droguería. Tarda mucho, no sé... Estoy preocupada. Mira que si le ha pasado algo...

No me acuerdo bien cómo fue, yo tenía la cena lista para meter al grill cuando sonó el teléfono y me dijeron lo del atropello. Y que tenía que ir a un sitio a reconocerlo. Yo me puse muy nerviosa y no me escribía bien el boli, porque yo no puedo escribir con una sola mano, y menos con la de la venda, que es la derecha, y en la otra tenía el teléfono. Bueno que salí con el chándal, tal como estaba en casa, y cogí un taxis y fui allí.

Me bajaron a una sala donde hacía frío y había archivadores metálicos grandes, abrieron uno y allí estaba: cubierto por un papel doradito, como de plástico. El funcionario me dijo: "al parecer, según dice el atestado, cruzó por donde no debía, y el conductor no pudo evitarlo. Tenga cuidado, señora, que impresiona un poco", me dijo mientras retiraba de la cara el papel dorado.

Era él, aunque estaba un poco raro. Me agaché a decirle algo al oído.

-¡Señora, no, por favor! No se pueden tocar los cuerpos -me gritó el funcionario muy asustado.

-Dígale una cosa señor guardia ¿quiere? Dígale que hoy le había hecho macarrones gratinados para cenar. Que a ver ahora qué hago con ellos...

a la manera de Dulce Chacón.